

LA MISIÓN DE LAS ACADEMIAS EN EL MUNDO DE HOY

Dra. Alicia María Zorrilla

Presidenta

Academia Argentina de Letras

Sabemos que la palabra *academia* (Ἀκαδημία) proviene del griego Ἀκάδημος, héroe legendario de la mitología griega, con el que se relaciona el nombre arcaico Ἀκαδημία, ubicación del lugar donde Platón impartía sus enseñanzas. Cuando Cástor y Pólux invadieron el Ática para liberar a su hermana Helena, ese héroe ateniense les indicó que ella estaba en Afidnas, ciudad donde la había ocultado Teseo. En recompensa, no conquistaron las tierras de Acádemos. Con el tiempo, estas se convirtieron en un hermoso jardín de olivos y de plátanos sobre el río Cefiso, fuera de los muros de Atenas, donde se había construido un gimnasio consagrado al héroe mencionado. Allí fundó Platón su escuela filosófica alrededor de 388 a. C., a la que denominó *Academia*, y, en ese lugar, se reunió con otros filósofos, ávidos de desentrañar el conocimiento matemático, la retórica, la astronomía, la medicina en busca de la verdad del pensar, que es diálogo interior. En el frontispicio, se grabó la siguiente inscripción: «Aquí no entra nadie que no sepa geometría», fuente platónica de la indagación y del descubrimiento.

En una Academia, en un jardín, es decir, en un paraíso, se reunían convocados por la misma pasión: pensar sobre el saber para saber mejor cada día, para elevarse sobre sí mismos en busca del verdadero crecimiento espiritual. Ese era el lugar de convergencia de los que amaban el saber no con el significado imposible de ‘estar instruidos en todo’, sino con el de poder transmitirlo con rigurosa belleza. El adjetivo no es gratuito, ya que implica capacidad y honesta siembra de los conocimientos. El sustantivo tampoco lo es porque la belleza no solo alude a la estética, sino también a la ética, a la vivencia de los valores, a una coincidencia de la acción vital con el significado de esos valores. Por eso, lo bello implica un estado de armonioso equilibrio que linda con la intuición de lo perfecto. Y si seguimos con las etimologías, un *jardín* es un ‘cercado’, un ‘recinto’ que congrega, que acoge. El poeta chino Hi K’ang decía que le resultaba placentero pasear por su jardín porque daba vuelta a lo infinito, es decir, podía ingresar en la intemporalidad que le permitía gozar de la póiesis sin término. La palabra *infinito* es, pues, la clave del saber, pues este carece de límites, no conoce fronteras. Una palabra

impensable, que excede al hombre de todos los tiempos y, sobre todo, al de hoy, tan fragmentado, tan roto, tan solo física y espiritualmente, a pesar de los avances tecnológicos, y, sobre todo, tan desorientado, presa de la penumbrosa incertidumbre, de la desesperanza y de la angustia. Pero el conocimiento siempre salva. Debe, pues, habitarse de conocimientos. Ese encauzar el saber nos proyecta hacia nuestra verdadera misión como integrantes de Academias: la vocación de servicio, el deber de ayudar a reconstruir el mundo y a seguir construyéndolo, la entrega sin reservas a la comunidad. Saber es servir con alegría intelectual, es decir, asumir con convicción un compromiso de vida respecto del momento histórico y de la investigación científica; en nuestro caso, en el área de la lengua y de la literatura que se escribe en esa lengua, ya que también con las palabras debemos invitar a que la sociedad reflexione, a que aprenda a pensar y a que aprenda pensando sin dejar a un lado los sentimientos, a que cultive la voluntad de transformarse a fin de empezar fortalecida a transitar un nuevo camino y a convertirse ella misma en camino para servir a otros. Mahatma Gandhi predicaba que era necesario que se equilibraran los pensamientos, las palabras y los hechos. La misión de las Academias en el mundo de hoy debe consistir en demostrar esa armonía. No podemos quedarnos a la orilla de lo que decimos, debemos querer hacerlo, atrevernos a hacerlo y cumplirlo con apasionada tenacidad. No ignoramos que los inconvenientes, sobre todo económicos, son muchos, y que, no pocas veces, deberemos generar nuestros propios recursos. Todo es valioso mientras no nos detengamos.

Indudablemente, las Academias, las Casas de las Palabras, no pueden mirar a la sociedad en abstracto por una ventana; deben consustanciarse con ella, crear lazos, ya que la vida humana es creación de lazos, y, por ende, el servicio se cimenta en ese ligamiento que propicia «el trabajar juntos por el bien común». De esta manera, las Academias dejarán de ser solo crípticas mansiones solemnes que algunos admiran, otros vituperan, y muchos desconocen, y se convertirán en espacios abiertos para superar la uniformidad del mundo en que vive hoy inmerso el hombre difundiendo el deseo de saber y de entender.

Sin duda, la grandeza de una institución solo se construye con trabajo que tenga sentido para la vida y con perseverancia para lograr que esa labor se intensifique cotidianamente. La misión de las Academias es, pues, también unirse, consolidar vínculos —como lo hacemos hoy— para seguir realizándonos y madurando

mutuamente nuestras experiencias. Constituimos una gran familia, y nada podrá abatir nuestro proyecto altruista porque lo asumimos con fe, con convencimiento, no, simplemente, con opiniones. Intercambiar experiencias de vida significa seguir enriqueciéndonos, continuar aprendiendo con humildad, ya que, como bien dice el escritor español del Siglo de Oro Baltasar Gracián, «ninguno hay que no pueda ser maestro de otro en algo». La misión de las Academias es, pues, también magisterio.

Particularmente, la misión de la Academia Argentina de Letras es dar unidad al estudio de la lengua y de las obras que se publiquen para engrandecerla cultura del país; registrar las peculiaridades que distinguen al español hablado en nuestro país; reglamentar los Premios Academia Argentina de Letras de Poesía, Narrativa y Ensayo para concederlos a escritores destacados y prestigiar su labor intelectual; enaltecer el concepto de «teatro nacional» y velar por la corrección del idioma mediante el asesoramiento a todas las reparticiones nacionales, provinciales o particulares que requieran su servicio¹. Desde 1984 otorga el Premio Academia Argentina de Letras a los egresados de más alto promedio de la carrera de Letras de todas las universidades nacionales, a fin de que tomen conciencia de que allí empieza el verdadero camino profesional, la construcción laboriosa de una trayectoria.

Por supuesto, el trabajo no es individual. Hemos construido un gran equipo con los distintos Departamentos que funcionan en la Corporación (Biblioteca, Publicaciones, Investigaciones Lingüísticas y Filológicas), con el personal administrativo y el de maestría. Todos somos la Academia sin jerarquías porque la actividad de todos es valiosa y necesaria cada día.

Como símbolo de cultura de sus orígenes, un ala de la Academia Argentina de Letras también mira hacia un jardín, que tiene una fuente; los académicos nos recreamos en él muchas veces para admirarlo y, sobre todo, para reflexionar con serenidad, para conservar la vida del pensamiento, para extraer del silencio su savia hasta que solo el silencio permanece, pues los dones otorgados por Dios para el cultivo de la inteligencia y para solaz del alma, y los conocimientos adquiridos constituyen, sin duda, el fundamento de nuestro apasionado hacer.

¹ Cfr. Pedro Luis BARCIA, «Brevísima historia de la Academia Argentina de Letras» [en línea]. <<http://www.aal.edu.ar/?q=node/181>> [Consulta: 6 de abril de 2014].

Si bien en el frontispicio de nuestra Academia no se ha grabado ninguna inscripción a la manera platónica, podríamos imaginarla porque así lo sentimos los académicos: «Aquí no entra nadie que no haya corroborado con su obra y con su conducta que ama la lengua que lo identifica y respeta el saber, jardín de la vida interior y fuente de energía espiritual».